

Valentine, *noir animal*

«Y si de toda esta nada, bebida como una copa de
cielo negro, sorbida, desaparecida, sale al fin algo,
¡ay!, ¿qué será ello?»

Valentine Penrose, *La condesa sangrienta*

Desde que leí su nombre por primera vez, impreso en la cubierta que reproducía la mirada séxtuple y alucinada de una mujer¹, no pude dejar de pronunciarlo, en voz baja y siempre a la inglesa, quizá por el apellido que llevaba asociado, el de su marido, que mantuvo hasta después del divorcio: Penrose. Pero se apellidaba Boué, Valentine Boué, y era francesa gascona, del departamento de las Landas. Valentine pues, a la francesa. Valentine, una y otra vez.

Una mujer con seis ojos, como las alas de los serafines y los animales fabulosos del románico que admiró. O, tal vez, tres mujeres superpuestas en el tiempo, como la sobreimpresión de la fotografía de aquella cubierta. *La condesa sangrienta*. Valentine se obsesionó con la aristócrata húngara Erzsébet Báthory, que en el siglo XVI sacrificaba doncellas en el sótano de su castillo de Csejte: las torturaba para bañarse en su sangre de vírgenes, elixir de belleza y juventud. Le siguió minuciosamente el rastro hasta recrear su existencia punto por punto, como si se hubiera metido en su piel mientras sentía los chillidos y temblores. Igual que yo misma, desde aquel momento, iba a perseguirla a ella, nacida en el último aliento del siglo XIX, fallecida el mismo día del año en que tanto la Condesa como yo habíamos abierto los ojos al mundo, con cinco siglos de diferencia. Una condesa, una poeta, una editora: seis ojos que se buscan a través del tiempo y el espacio. Las obsesiones no llevan brújula ni reloj.

¹ *La condesa sangrienta*, Ed. Siruela (1987), presentaba dicha imagen en la portada. La novela ha sido recuperada ahora en Wunderkammer (2020).

VALENTINE PENROSE

Roland.

Marie-Berthe. Alice. Lydie. Hélène.

Erzsébet.

Algunos nombres del amor.

Todo empieza así. Valentine, como el año nuevo: el 1 de enero de 1898, en Mont-de-Marsan, en las Landas francesas. En el firmamento, la constelación de Capricornio. Sobre la tierra, un olor a huesos carbonizados que aún humean, restos animales, vegetales y minerales para fertilizar los campos; esa mezcla que llaman «*noir animal*». Su padre, el entonces teniente Maxime Boué, futuro héroe de Verdún, está enfundado en su uniforme. Su madre, Suzanne Doumic, mira a través de la gélida ventana y reza. No sabemos si es de día o de noche, ni en qué fase está la luna, detalle que hubiera parecido imprescindible a Valentine. Si ella hubiera podido elegir sería luna llena en noche negra, pero tal vez el paisaje exterior no tenga importancia: por dentro, ella siempre fue así.

Quedan pocos rastros de la Valentine niña. Recuerdos de primos y amigos en los veranos en el campo, en Cassaigne: ella, *garçon manqué*, intrépida montada a caballo, como un mosquetero, siempre a la cabeza del grupo, el porte serio y desafiante, la mirada viva y oscura de Valentine. *Noir animal*. Quedan también pocos rastros de esa infancia en su poesía, como si no hubiera nacido como poeta sino a partir del nacimiento de su deseo físico, la palabra inseparable de su carne y su sublimación, inexistente incluso en la memoria todo lo anterior.

El primer poema que le conocemos, «Pater» (1924), es una apropiación y transformación pagana del padrenuestro, y también es el corte con el cordón umbilical de su infancia y de su núcleo familiar, de un legado militar y religioso a la vez. Valentine, que ya deja ver aquí su preferencia por los sentidos sobre los dogmas, por la naturaleza por encima de casi cualquier otra cosa, transforma el bien y el mal

PRÓLOGO

católicos en un bien y mal de escala humana, libre y amorosa, donde se ruega por el gozo, las noches y las flores, el supremo Bien.

*Padre nuestro que estás en los cielos
de las suaves mañanas mecidas a las flores de lechugas azules,
de los húmedos frutos descansando en la mata de hierba,
¡santificado sea tu nombre!
—Oh Bruma de oro en los vergeles,
¡hágase tu voluntad!*

(...)

*No nos dejes caer
en la Tentación de las flores y de la noche;
—No nos dejes ceder
al Embrujo de los perfumes, al viento del Verano...*

*Haz que ya no sepamos más, oh Padre nuestro,
del gozo al que llevan los rayos de la luna;
—Haz que sean los lirios cirios ardiendo
sencillamente hacia tu nocturna Belleza.
Haznos creer en la pureza de las estrellas
que caen de los jazmines, en la noche bajo la pérgola.*

*—Abre la estancia sobre la noche y la quietud,
—apaga las febriles lámparas,
—reúne con tus manos impregnadas
de cándidos olores, nuestras dos manos en el pecho;
—y haz que a la mañana, de la Amada sobre el Amado
los cabellos descansados fluyan
como los finos hilos de fuentes claras...*

VALENTINE PENROSE

*¡Oh Padre nuestro! Tú que estás liberado
e irradias suavemente en lo Inmutable,
¡libranos, líbranos del Mal!*

En 1916 había ido a cursar estudios de Bellas Artes a París, lo que significaba también frecuentar a los pintores, escritores y cafés de Montparnasse. A la juventud de Valentine se le pierde la pista durante aquellos años. Cuando la reencontramos, lleva ya un bloc con sus primeros poemas bajo el brazo, quizá ese «Pater» que quiere presentar al concurso del periódico *Le jasmin d'argent*, de la ciudad de Agen, o el germen de *Imagerie d'Épinal*, tres poemas que publicará en 1926 en la revista marselesna *Cahiers du Sud*. Pero todavía no. De momento enfila un camino azul que asciende entre pinos azules hacia una casa azul en la Provenza, va en busca de un crítico literario que le han dicho se aloja allí para mostrarle lo que ha escrito. Llama a la puerta, pero quien le abre no es el crítico, sino algo parecido al destino: un tipo largo y desgarbado, de tez clara y ojos celestes, sin duda inglés, que dice que es pintor y se llama Roland Penrose. Es el verano de 1924 en Cassis-sur-mer. Se casarán un año después, se divorciarán diez años más tarde, él contraerá segundas nupcias con la fotógrafa norteamericana Lee Miller, Valentine tendrá varias amantes, se sentirán unidos toda la vida, pero todavía no lo saben. ¿O quizá ella sí? Siempre le gustó decir que era una bruja.

«Ante mis ojos de niño», escribió muchos años después Anthony Penrose², hijo de Roland y Lee Miller, «Valentine era una bruja. Estaba convencido de ello y ella misma fomentaba mi certeza. Siendo una bruja buena, la rodeaba un misterio impenetrable, tan palpable que yo me quedaba prudentemente a cierta distancia. En el reino de las brujas,

² Testimonio recogido por Georgiana M.M. Colvile en *Valentine Penrose. Écrits d'une femme surréaliste*. Éditions Joëlle Losfeld (París, 2001).

era sin duda una reina que dominaba, y con diferencia, a las demás, me imaginaba yo acompañándola, cuando alzaba el vuelo al claro de luna o se adentraba en los bosques, en busca de plantas mágicas. Las demás brujas tenían que inclinarse ante ella, igual que lo hacíamos nosotros, y consultarle acerca de cuestiones ocultas, acerca de su porvenir y de lo que este les reservaba, igual que lo hacíamos nosotros también».

Todo contribuía a ello.

Su gesto de misterio: la cabellera negra, brillante, la cabeza inclinada hacia el suelo, en un ángulo agudo, como la nariz, larga y poderosa. La mirada que busca y se pierde en el más allá. Así en los retratos (Man Ray la fotografió en 1930) y en las pinturas (de Max Ernst, Wolfgang Paalen, del propio Roland) que intentaron capturar su rostro esquivo, fijarlo en el lienzo para que no se les escapara.

Su cuerpo mágico: «Cada vez que Valentine regresaba de uno de sus largos paseos por los bosques alrededor de Farley Farm, tenía en el hueco de su mano algún tesoro mágico, como un trozo nudoso de madera, una seta seca o incluso un sapo momificado», sigue recordando Anthony. «A veces, traía unas plantas raras que plantaba a escondidas en el jardín; algunas siguen ahí creciendo y resulta imposible identificarlas. Los paseos de Valentine la llevaban bastante lejos y ella se obstinaba en salir a la aventura todos los días, contra viento y marea. Recuerdo haberla visto volver empapada y temblando de frío y haber sentido su voluntad de hierro, que debía haber heredado directamente de su padre, el temible coronel Boué, héroe de la batalla de Verdún».

Su espíritu de diosa pagana: «Sentía una fascinación muy particular, única, hacia la naturaleza. Era un sentimiento puramente romántico. No se trataba de una pasión por el estudio de la botánica aunque tuviera excelentes conocimientos de historia natural. Sentía una admiración y un amor total sin sentimentalismo por todas las plantas y las criaturas salvajes, que provenía de su afinidad con ellas, ya que nadie había sabido amaestrar a Valentine».

Nadie. Y por supuesto tampoco Roland, aunque lo intentó durante diez años.

El matrimonio Penrose

El decenio de 1925 a 1935 fue seguramente uno de los más felices en la vida de Roland y Valentine. Pero la felicidad no puede ser lo más importante para una poeta como ella. Ni los veranos en la soleada Provenza pueden eclipsar a un cuerpo celeste más poderoso que el Sol.

Él, Roland, el héroe solar, dos años menor que Valentine (nacido en Londres el 14 de octubre de 1900), es hijo de una familia cuáquera acaudalada y conservadora, emparentada con la aristocracia por línea materna. Su padre era un conocido pintor de retratos. Roland inició estudios de arquitectura en Cambridge, donde se interesó por el arte, sobre todo por las nuevas tendencias vanguardistas que llegaban de la Europa continental. En 1922, atraído por esos cantos de sirena, decidió abandonar Inglaterra e instalarse en París para estudiar pintura, frecuentar los museos y galerías, y también iniciarse en la vida nocturna. Su primer gran amigo de aquella época fue el pintor griego Yanko Varda. Con él viajaron en verano a Cassis-sur-Mer, cerca de Marsella, como por otro lado hacían muchos pintores e intelectuales del momento, buscando el refugio amable de la Provenza. Allí encontraron una pequeña casa de alquiler, la *Villa des Mimosas*, donde se construyeron un estudio para pintar. Se trataba tanto de trabajar como de disfrutar de la vida mediterránea.

Así lo cuenta Roland en sus memorias³: «Yo estaba pues de acuerdo con esta metamorfosis de un cuáquero de buenas costumbres en un hedonista, embebido en el fervor de una vida nueva e independiente, cuando una curiosa tarde sonó la pequeña e hiriente campana

³ *Roland Penrose. 80 años de surrealismo* (1900-1981). Ediciones Polígrafa (Barcelona, 1981).

PRÓLOGO

de la herrumbrosa cancela de hierro de la *Villa des Mimosas* y, al abrirla, me encontré frente a una joven de gran belleza con un elegante vestido de perfecto corte. Su aparición fue toda una sorpresa, un rayo caído de un cielo azul y sereno. En su francés nativo, la joven me dijo que estaba buscando a un crítico literario que, según parece, vivía en mi villa con su esposa. Sin titubear la invité a pasar. Bajo el impacto de aquella inmaculada belleza y enigmática inteligencia que acababan de llegar, la convencí de que se quedara y se casara conmigo un año después».

Ella, Valentine, pura Luna.

Penrose justifica su *coup de foudre*, si es que tal fenómeno puede jamás justificarse, por la mezcla insólita de Valentine: una joven educada en una férrea disciplina en el internado para señoritas hijas de militares de la *Légion d'Honneur*, vestida de forma pulcra e impecable, pero con un sentido innato y salvaje de la libertad personal: «Admirablemente femenina en su aguda sensibilidad, se oponía al mismo tiempo a toda forma convencional de vida familiar. Para mí llegó a ser una diosa de la irracionalidad, de la inutilidad, del misterio femenino y su encanto como no había soñado hasta entonces. Durante diez años estuve gozosamente cautivado por su hechizo, pese a su costumbre de criticar insistentemente, dando lugar en ocasiones a situaciones incómodas, la trivialidad, la incomprensión y las convenciones absurdas». Valentine no tenía nada de convencional.

En París, pero también en los veranos en la Provenza, intimaron con Max Ernst y su esposa Marie-Berthe, Paul y Nusch Éluard, Man Ray, Masson, Miró, Buñuel, Picasso y Dora Maar... En los archivos de la Fundación Lee Miller, en Farley Farm (Sussex, UK) —hogar de Roland y Lee Miller, y también el lugar donde murió y está enterrada Valentine— se conservan numerosas fotografías de los Penrose en aquel grupo, con algunas idas y venidas y cambios de pareja entre sus integrantes, pues los deseos viajaban entre ellos con la misma fuerza que las ideas y los puñetazos.

VALENTINE PENROSE

En el verano de 1928, Max-Ernst y su segunda esposa, Marie-Berthe Aurenche, pasan el verano con los Penrose en *La Noblesse*, un viejo *mas* provenzal situado en La-Cadière-d'Azur, justo encima de Cannes. Roland toma una fotografía de los otros tres, Max con el torso desnudo y guantes de boxeo, Valentine entre él su mujer, asiendo a ambos con sus brazos en jarras, como asas. Ellos dos mirando a cámara, como si la retaran; Marie-Berthe vuelta de espaldas, como si no quisiera ser testigo del combate. Parece una escena divertida: «Pero la personalidad de Max Ernst, con su toque de sadismo teutónico y su perfume de cáustico humor negro al estilo de Alfred Jarry y los surrealistas, me resultaba a mí más aceptable que a Valentine», confiesa Roland, «que estaba más cerca de los temblorosos entusiasmos de Marie-Berthe». Tan cerca que se enamoró de ella.

No es descabellado pensar que este poema de Valentine, publicado originalmente en junio de 1928 en la revista *Cahiers du Sud*, se refiriera a aquella situación:

HOMBRE

*en sueño muchas veces por mí asesinado
entre tus mujeres mano derecha mano izquierda
sin embargo libres hasta los puntos cardinales como blancas*

*y la más bella que vigilas
el otro amado seduciendo a dama de los grandes vientos flor que tanto amo
¡ella también azul celeste dios!*

Ami Bouhassane, nieta de Roland Penrose y Lee Miller, con quien nos entrevistamos en el invierno de 2019 en Barcelona con motivo de la retrospectiva sobre Lee en la Fundación Miró, me cuenta que esa es la historia familiar que ha llegado hasta sus oídos, y que no cabe duda de que el retrato que Ernst pintó de Valentine también en

aquel 1928, donde aparece con mirada fría e incluso mezquina, es una venganza por aquel enamoramiento. No sabemos del cierto si ese amor se materializó —aunque Ami lo da por hecho—, pero lo que es indudable es la antipatía mutua entre Max y Valentine, tal vez incluso cierta competencia que se reflejaría más tarde en los collages de ambos, hasta cierto punto paralelos; si se examinan mejor, opuestos. En cuanto a los sentimientos de Roland, Ami se muestra fresca y franca: «Él decía que entendía la atracción de Valentine por las mujeres. “¿Cómo no voy a entenderlo? ¡También me gustan a mí”, decía». Aunque esa frase, claro, seguramente fue pronunciada muchos años después de aquel verano de 1928 en *La Noblesse*.

Valentine ha quedado en la memoria de la familia Penrose como un recuerdo feliz. La propia Ami lleva como segundo nombre Valentine, y la idea de recuperar su obra le parece imprescindible, pues conviene que su nombre se ha perdido injustamente entre el lustre de otros tan grandes como los que formaron parte de aquella generación de surrealistas del París de los años veinte y treinta. Man Ray los fotografió profusamente a todos, dejando numerosos testimonios de hasta qué punto Roland y Valentine formaron parte de la vida artística y cotidiana del grupo. Ray rodó una pequeña película doméstica de una de aquellas divertidas comidas de verano que compartieron⁴ («¿Es aquella en que Valentine agarra a Nusch por los pechos y ella le da un bofetón?», pregunta Ami cuando se la menciono). Muchos de ellos participaron también como actores secundarios en películas de cineastas del grupo surrealista, como *L'Âge d'Or* de Luis Buñuel, en que Valentine hace una breve aparición como dama de negro que baja de un carruaje sosteniendo una custodia.

Durante aquellos diez años de vino y rosas, sin embargo, Valentine no publicó más que algún poema suelto, aunque, a su manera

⁴ Man Ray. *La Garoupe* (1937).

VALENTINE PENROSE

siempre secreta y solitaria, los estaba atesorando. Los viajes, más que las reuniones sociales que más bien aborrecía, iban a nutrir su inspiración y a determinar su futuro.

Filosofía oriental

En 1927, los Penrose viajaron a Egipto invitados por un antiguo camarada de Cambridge de Roland, Bonamy Dobrée, que estaba impartiendo clases en la Universidad de El Cairo. En casa de su amigo coincidieron con dos personajes que iban a ser decisivos en la vida de uno y otro: el egipcio Aziz Eloui Bey, esposo de Lee Miller antes de que esta se casara con Roland, y el español Vicente Galarza, vizconde de santa Clara, que iba a convertirse en el gurú de Valentine. Galarza, un tipo alto y esbelto, de ojos negros, que siempre vestía túnicas de seda negra y turbante, era un místico y estudioso de las filosofías orientales. En aquella primera ocasión, les explicó su teoría de la unidad frente a la dualidad, la falsa separación entre la conciencia individual y la realidad material. Mediante la meditación y el estudio, Galarza se ejercitaba para regresar al estado de unidad inicial, el Nirvana. El impacto de esta filosofía sobre los Penrose, pero sobre todo sobre Valentine, que siempre se había sentido atraída por la alquimia y el esoterismo, hizo que regresaran a Egipto en el invierno de 1928-29 para visitar a Galarza por más tiempo, para lo que alquilaron una pequeña casa en una aldea junto a las pirámides. Aquel iba a ser un punto de no retorno para Valentine. Al regresar a París, Roland, que sentía cada vez una pulsión más fuerte por formar parte del círculo de los pintores surrealistas, alquiló un estudio propio para trabajar, mientras que Valentine se matriculó en la Sorbona para estudiar filosofía oriental (luego se dio cuenta de que no existía ningún diccionario sánscrito-francés, por lo que antes tuvo que aprender inglés, cosa

PRÓLOGO

que la fastidiaba profundamente; siempre se había negado a hablar con Roland en aquel idioma).

Cuando vuelven a la Provenza aquel verano, Valentine ya no soporta el ambiente: «Estaba así mismo cansada de la luz, incesantemente vívida, y la escenografía, como de tarjeta postal, de la Costa Azul. Todo esto terminó por hacer que se sintiera tan desdichada y nostálgica que subimos a nuestro nuevo coche francés y salimos de allí en busca de tierras verdes y un lugar más apartado, dejando el mar y a Yanko [Varda] en manos de sus tiernos admiradores», recuerda Roland. Se dirigen hacia la tierra natal de Valentine, al sur-oeste, hacia el interior, al pie de las montañas. En 1930 compran un viejo castillo perdido en medio del campo, el Château de Pouy, en Auch. Desde allí pueden ver los Pirineos nevados. Valentine respira, ha huido del verano mediterráneo, del bullicio de los amigos que los visitaban, para refugiarse en su Gascuña natal. Tiene un castillete, un viejo caserío en el que resguardarse y estar a solas con la naturaleza, sentir su voz que le habla. A partir de ahora, si los artistas de París van a verlos —como así lo hacen a menudo, entre otros, Max Ernst y Marie Berthe—, tendrán que emprender largas excursiones por las montañas, subir a los picos, cruzar a España, soportar las tormentas, resguardarse en cabañas de pastor. Decía que no podía soportar tanta luz. Ella quería más oscuridad. O, tal vez, una luz igual de potente pero menos brillante, como la luz de la Luna respecto al Sol. *Noir animal*.

En 1932 partieron de viaje a la India durante cinco meses con la excusa de visitar a dos amigos ingleses de Roland: Bill Eger-ton, instalado en Indaur, y un tal Nixon, que vivía como un nativo en Benarés. Un motivo más poderoso aún era que Galarza estaba en un ashram de Calcuta, donde se había trasladado a vivir. A Nixon lo encontraron entonando cantos y vestido de color azafrán: se había convertido en parte de un pequeño grupo de harekrishnas

VALENTINE PENROSE

que había construido un santuario en lo alto de las montañas, en el Himalaya, cerca de Almora. Un lugar que —ella aún no lo sabe, ¿o sí?— va a ser parte muy importante de la vida de Valentine.

En las memorias de Roland, hay una foto de Valentine en Belur Math, a seis kilómetros de Calcuta. Belur Math es el templo principal de los harekrishna en la India, fundado en 1899. Valentine viste un sari claro —puede que sea naranja— que enmarca su rostro y cubre parte de su melena negra. Calza sandalias, y lleva pulseras plateadas alrededor de tobillos y muñecas. Su espalda descansa en un gran mango. Sin duda, han ido allí para ver a su amigo Nixon. Pero el punto álgido de su viaje es la visita al viejo gurú: «Galarza nos volvió a recibir con su presencia de hierática serenidad, y aunque Valentine se sintió aún más cautivada por la teoría de una fuga transcendental de Maya, este valle de ilusión, expuesta sugestivamente no solo por el antiguo sabio sino también por sus nuevos amigos hindúes, yo comprendí que no me sería nada fácil liberarme de los encantos y misterios, por no hablar ya de las miserias, con los que aún me sentía obligado a permanecer irremisiblemente en contacto».

Roland se siente parte del mundo, mientras Valentine se siente impelida a rasgar el velo y fugarse hacia el otro lado. La muerte de los padres de Roland, y la consiguiente herencia que recibe —una cantidad de dinero mayor aún que las generosas rentas de las que vivía hasta entonces—, lo acaba de aferrar al mundo y le da la posibilidad de comenzar a actuar como lo que será hasta el fin de sus días: un gran coleccionista y promotor de arte. Le compra su primer cuadro a Picasso (*Mujer tendida al sol*, 1932). Financia la publicación del libro de collages *Une semaine de bonté* a Max Ernst (con cierta irritación por parte de Valentine, que piensa que Ernst no hace más que aprovecharse de él). Costea la producción de alguna película del círculo. Y, sobre todo, planea el primer gran desembarco

PRÓLOGO

de los surrealistas franceses en Londres para el año siguiente (Primera exposición surrealista internacional, 1936). Será también gracias a él que el *Gernika* de Picasso se exhiba en Londres en 1938. Roland se encuentra en el centro de la vida artística europea, pero ese no es ni mucho menos el lugar donde Valentine desea estar. Aquel año, los Penrose venden el castillo de Pouy y ella se va. Huelga decir el destino.

En el verano de 1936, Paul y Nusch Éluard se alojan en el hotel Vaste Horizon, en Mougins, sobre la bahía de Cannes. Invitan a Roland, que ha pasado un gris y solitario invierno en Inglaterra, a que se reúna con ellos. También estarán allí Picasso y Dora Maar, Man Ray, y Christian e Yvonne Zervos (él, director de los *Cahiers d'Art*). Seguro que cae alguien más. Valentine vuelve de la India y se reúne con todos ellos allí. La guerra civil española acaba de estallar, y planean viajar a España en apoyo de los artistas revolucionarios, para contrarrestar la propaganda fascista que llega al extranjero diciendo que, además de quemar iglesias, los anarquistas están destruyendo todas las obras de arte que se encuentran en ellas. Pese a la aparente reconciliación, será el último viaje que Roland y Valentine hagan juntos, seis semanas durante las cuales visitan Barcelona, Girona, Lleida, Tarragona, Valencia y Vic. Hay fotos de la comitiva examinando el Tapiz de la Creación en la catedral de Girona, y también en el monasterio de Pedralbes. En Barcelona, visitaron a la madre de Picasso, presenciaron el funeral de Durruti, escucharon un discurso de Emma Goldman. A la vuelta, escriben artículos y editan publicaciones contando lo que han visto: los republicanos cuidan de las obras de arte mejor que los propios eclesiásticos. Misión cumplida y definitivo adiós. Esta vez, Valentine hizo una maleta más grande: no volvería de la India hasta 1940.

VALENTINE PENROSE

La India, las mujeres, el misterio

Hay, por supuesto, un antes y un después del divorcio. No solo en lo personal, sino también en lo artístico. Si hasta entonces sus poemas jugaban ya con el lenguaje, con los dobles sentidos, con la fonética, las aliteraciones y la falta de puntuación típicas del surrealismo, a partir de *Hierba a la luna* (1935), su primer poemario completo, encontramos además los rasgos poéticos que conformarán la identidad única y duradera de Valentine: un universo femenino, sensual, compuesto por astros, minerales, plantas y flores, por diosas y mitos, por magia y erotismo.

*BELLA galena belena de las casas de Saturno
plombaginas salvajinas
todas huérfanas sordas
al Ural refugio eluvial.*

*El pentáculo es un programa
cuyos bordes se desbacen todos
lagos de amor, lagos de rebaño y lagos de artemisia*

*hembra coma tres hojas
tres piedras hacen seis casas.*

*Así es como nacen las hojas
y al rebaño las burras
a la geoda las oquedades
cuyos bordes se desbacen todos*

Es entonces cuando nacen los hombres.

PRÓLOGO

O:

*La datura la serpiente
la vida de mi sangre
ecuador de este parque de veinte años apenas.*

*Con vuestra corteza de ángel
mis siete hijas del ogro
soy bella catedral
en las alfombras de mí misma.*

*Con la tinta del fuego de mis ojos
en círculo
están escritos mis juegos
estos mismos de Adán*

*en círculo
tocará la serpiente tocará la roca
la hija de la tierra
en el cielo su capricornio.*

«Me gustan estos poemas», dice Paul Éluard en el prefacio que escribe para el libro. «No falta ni una sola palabra y sin embargo a cada palabra, la palabra anterior se borra. El olvido, la pantalla mágica, sin color, delante de la cual todo color, todo matiz, toda idea es algo nuevo. Pienso que Valentine Penrose no duda nunca en escribir una palabra en lugar de otra, la palabra inmediatamente accesible en lugar de la palabra rebelde. De allí un lenguaje poéticamente claro, un lenguaje rápido, que escapa a la reflexión. Un lenguaje que desvaría, indispensable. Una vida fugitiva y de repente los elementos son mortales. La sangre que corre por la hierba se mezcla al rocío, huye y el viento la sustituye. Cae el viento. La mirada cambia. El mundo, aquí, se prolonga».

VALENTINE PENROSE

Una vida fugitiva con elementos mortales, dice Éluard. Desde luego, la escritura de Valentine lo es: una capa externa ferozmente sensorial, musical, llena de imágenes impactantes y sugerentes, y un significado profundo hermético, oculto por las muchas capas de sentido que Valentine va construyendo o deconstruyendo, palabra a palabra, siempre jugando con el lenguaje, hasta alcanzar significados cuyos referentes a menudo se nos escapan, como una piedra que se va hundiendo en la negrura de un pozo. Un misterio difícil de desvelar.

Al leerla, no podemos dejar de preguntarnos: ¿Quién eres, Valentine? ¿Qué nos quieres decir?

Marie-Christine del Castillo, mientras traduce los poemas de Valentine, me llama para hablar de lo que va descubriendo. Al teléfono tiene una voz fina y temblorosa, de cascabel. Una voz que siempre parece al borde de la risa o de la lágrima. Una voz que se escapa, como si viniera del otro mundo o tendiera un hilo hacia él. Me parece estar hablando con Valentine. ¿Cómo sería su voz? Me dice que es una erudita de los minerales y de las plantas, de los astros. Que le gustan los juegos de palabras como si hiciera malabares —en los títulos, en los versos, en las alusiones veladas—. Retuerce las palabras, las exprime hasta sacarles todo el jugo. Un huso, por ejemplo, puede ser para Valentine un artilugio para tejer, una sonrisa, un sexo femenino o un pantalón con estribo que cabalga sobre unas caderas puntiaguadas. Un *brûlot* empieza siendo un panfleto revolucionario, y luego un café con aguardiente y después un poso adivinatorio y finalmente quién sabe... Tal vez solo Valentine. Me dice que su personaje de *Dones de las femeninas*, María Elona, fonéticamente suena igual a Mary Alone. La imagina una mujer sola —tu oscuridad, Valentine, tu sombra—. Es como uno de sus collages y poemas construidos con muchas capas: piezas superpuestas, sin sentido aparente, que tratamos de encajar para obtener una imagen mayor, iluminada.

PRÓLOGO

La idea de Valentine como un collage:

Un domingo en Mitilene,

faros y acantilados y cabezas de mármol con cuernos a ambos lados,
en las sienes, en los dientes, en los peldaños.

La escalera no lleva a ningún lado.

La azotea se incendió, techo de brezo y de esparto de España,
arroz, juncos, cucañas.

Piel que se consume bajo las sedientas sábanas blancas, que se tiznan
de jazmín, hollín,
carbón animal.

Entre tus muslos,

Rubia,

el fandango del candil.

Lo que Ami dice de Valentine:

Que en Farley Farm había un gato salvaje que solo se acercaba a ella,
y que solo ella podía acariciar. Que volvía del bosque con un sapo en
la palma de la mano. Que le pidieron hacer la carta astral de Apollinaire,
y que hizo un biombo con los horóscopos de todos los habitantes de la casa.
Que Virginia Woolf la temía. Que Lee tuvo que conducir una vez cientos de
kilómetros para recuperar un permiso de conducir que Valentine había extraviado.
Que tenía la cabeza en las nubes, fuera de este mundo. *My funny Valentine*.
Cuando le digo que murió el día del natalicio de la Condesa, que coincide
también con el mío, me dice que esa coincidencia cósmica le habría encantado.

Poco a poco, la vamos desvelando. En la mitad de su vida, Valentine era una oscura raíz occitana aderezada con especias indias. Y así empezará a florecer, a los pies del Himalaya, en un ashram de Alora, probablemente el mismo al que pertenecía su viejo amigo Nixon, convertido en harekrishna.

VALENTINE PENROSE

Valentine no se fue sola a la India, o al menos no lo estuvo al principio. Durante unos meses de 1936 la acompañó una gran amiga suya: Alice Rahon Paalen. Nacida en el este de Francia en 1904, Alice Marie Yvonne Philippot se trasladó de joven a vivir a París, donde, igual que Valentine, se mezcló con el círculo artístico y de la bohemia de aquellos años. Aunque acabaría por ser una reconocida pintora en México (amiga de Diego Rivera y Frida Kahlo, entre otros) sus comienzos fueron con la poesía. Nos sabemos cuándo se inició exactamente la amistad entre ambas, pero sí que ya en 1929 coincidieron en la Sorbona, cuando Valentine estaba estudiando sánscrito y filosofía oriental. Alice se casó en 1934 con el pintor austriaco Wolfgang Paalen. Es de suponer que las dos parejas se apreciaban y frecuentaban. Tampoco es de extrañar que cuando los Penrose se divorciaron, Alice quisiera brindar apoyo a su amiga, autoexiliada en la India. Pero en aquel viaje, algo más sucedió.

*Este cuerpo aquí femenino que cuelga como una gota lejana
hacia otro aquí esta vez femenino
donde los cabellos iguales cruzando la sonrisa
buso loco
puntiagudos los huesos
que cruzará planicies con sus caderas
que braceará la paja sin fajas que dormirá en los graneros
solo para las hierbas
cuya amiga nunca se preocupó aunque verde ella.
Por destino por grano por camino por raso
láminas de hojas sus ojos llanos clavos en la madera
a la selva todos sus dientes
roca suave cráneo de helechos
tan grande la saqué esta nacida
como un rebaño de agua
colgado del acantilado*

PRÓLOGO

*en las estepas cuando se la cree recogiendo fresas
con cintas silvestres en vez de dormir
del lado total verde y rojo.*

*La bella la dama castaña
mi ratón marrón qué lejos estás bajo los matorrales.*

*Presa de pechos de manos y de cabellos
nunca salida entera ella misma
tan loca de liquen perdida
como una aguja en el musgo
por todos los extremos urgente falsa
te he dado la vuelta y tú me has tejido⁵.*

Los poemas de Valentine, a partir de entonces, hablan abiertamente de erotismo y de amor lésbico. Los que fueron escritos exclusivamente en la India, justo después de la visita de Alice, rememoran el encuentro y la partida.

*Oh tórtola mía
que se posó
en las cavernas de rojos edredones y de mimbres
canta la garganta.*

*La copa la luna creciente los delfines del cielo blanco
amar qué bueno era amar era de día
bajo el cielo muerta amor cambiado el talismán
bella hundida de azul feliz y desaparecido
tus sándalos se secaron en sus vocales de agua.*

⁵ «A una mujer a un camino». De *Poemas* (1937).

VALENTINE PENROSE

*Pero cómo bajo este cielo de tormentas bajas y de ascetas
aún aparecen esos helechos de mayo
tu cuarto de coral mi suave muselina
donde el sol cerrado se movía sobre el armario
y tu mejilla que jamás conoció el viaje
pétalo de allá que se inclinaba como un prado⁶.*

A lo que Alice responde en otro poema posterior⁷:

*Tórtola por el suelo
buscando el coral para su lámpara
Senos liberados que voláis y cantáis
al contrario de la urraca que se llena de su canto
invisible en el árbol mojado
Todas las voces hembras a orillas del bosque
bajo la pata palmeada
que siembra una cebada de nubes
por encima de los bancales de la cebada*

*El bosque imantado se va a la deriva
el bosque de las frutas todos sexos confundidos
y los lentos amores de las miméticas en las lianas
esta hoja me mira
desde sus cuencas vacías
en el fondo del jardín volando.*

El «coral», «el pozo de las delicias», «el terciopelo rojo» de la India, «lejos de los céspedes felices de mi país», son otras expresiones con

⁶ De *Suertes del fulgor* (1937).

⁷ «Tórtola». Publicado en *Sablier couché*, Ed. Sagesse (París, 1938).

las que Valentine salpica estos poemarios. «Oh afortunado viaje». Son años fecundos para ella. En 1936 había publicado *El nuevo Cándido* una delirante pieza en prosa que, más que a la escritura automática bretoniana, recuerda al método de escritura paranoica de Raymond Roussel en *Locus solus* o *Impresiones de África*. En 1937 publicó por partida doble: los poemarios *Poemas* y *Suertes del fulgor*, que ya hemos citado. Este último iba precedido por un dibujo de Wolfgang Paalen, el marido de Alice, quien aquel mismo año pintó un retrato de Valentine, como también haría Roland un año después (*Winged domino / Domino Ailé*, en que a la cabeza de Valentine, envuelta de una corona de espinas, le salen mariposas de los ojos y la boca). Parece que tanto Ernst, como Paalen y Penrose exorcizaron sus sentimientos a través de la pintura. En 1939, Roland ya se había emparejado con Lee Miller, y los Penrose firmaron su divorcio oficial (Valentine lo hizo por poderes, a distancia). La causa que arguyeron: una enfermedad sexual congénita de Valentine que no le permitía mantener relaciones sexuales con él.

La guerra: Londres, Argelia. La libertad

Valentine sigue en el ashram del Himalaya cuando estalla la segunda guerra mundial. La urgencia de la realidad la hace volver al mundo, pero en el viaje de regreso, a su barco se le impide atracar en Francia y es desviado a Londres. Se siente completamente perdida. Se aloja en el primer hotel que encuentra. Descuelga el teléfono. Llama a Roland. Quedan para al cabo de un par de días, un poco demasiado tarde... Cuando él llega, el hotel está incendiado a causa de un bombardeo, todo el mundo corre como loco y abandona el lugar, pero Valentine sigue en su habitación, sentada en una esquina de la cama. «Traéla a casa», le dice Lee.

Por aquel entonces, Roland y Lee viven en Downshire Hill, en el barrio de Hamsptead, como otros muchos artistas. Allí tratan de hacer vida «normal», sobreviviendo a la guerra, como plasma Valen-

VALENTINE PENROSE

tine en su poema «Downshire Hill» (1941). Todos tratan de colaborar. Valentine se alista como voluntaria en el Ejército de la Francia libre, y se ocupa de hacer de chófer de oficiales franceses en Londres. En 1944 es destinada a Argelia, donde permanecerá hasta la liberación. Me resulta difícil imaginar a la Valentine de esos años, tan alejada de su vida en el Himalaya, tan cerca, tal vez, de la memoria de su padre militar. Por un tiempo, vuelve a ser Boué: la amazona, el mosquetero, el hidalgo. La paz, sin embargo, le sienta mucho mejor. Porque con ella, y hasta el fin de sus días, Valentine conquistará una libertad creativa y personal inaudita.

Martha's Opera, una obra en prosa que publica en 1946, es una opereta gótico-lésbica ambientada en un castillo escocés (los castillos, otra de las obsesiones de Valentine). *Dones de las femeninas*, publicado en 1951 con nuevo prefacio de Paul Éluard y un aguafuerte de Picasso, es un libro de artista en que los poemas (en francés e inglés) se combinan en la página con collages hechos por la propia Valentine, con un resultado visual que podría recordar a los collages de Max Ernst, y que sin embargo les dan enteramente la vuelta: si Ernst sitúa a las mujeres de sus collages en posición de víctimas humilladas, incluso con algún toque sádico, Valentine las convierte en sujetos protagonistas (María Elona y Rubia) de una heroica historia de amor lésbico ambientada en España (una referencia geográfica reiterada a lo largo de toda su obra). Es también una época de viajes y nuevas relaciones para ella.

Roland y Lee se casaron en 1947, fecha del nacimiento de su hijo Anthony, dejaron Londres y se trasladaron a vivir al campo dos años después. Compraron Farley Farm, una finca en Chiddingly (Sussex), donde la presencia de obras de arte y las visitas de artistas e intelectuales eran constantes. Valentine era un miembro más de la casa, pasaba con ellos varios meses al año, y el resto los repartía entre casas de amigos y familiares, y un hotel de Montparnasse. Una de sus amantes, la artista Héléne Azénor, ha dejado constancia escrita de aquellos felices días.

Se sabe que en los años cincuenta viajó a las islas Canarias (con certeza lo hizo para el casamiento de su amiga Maud Westerdahl), viaje del que nacen sus poemas «El carrito» o «El verdino». La historia de los guanches, primeros habitantes de las islas, la fascinará hasta el punto de escribir una inacabada «Mitología de las islas», que se publicó parcialmente en la revista *Métamorphose*. También le gustaban los templarios y las amazonas. Pero si una leyenda llegó a fascinarla hasta la obsesión fue la de la condesa húngara Erszébet Báthory.

Valentine viajó a Austria y a Hungría para seguirle el rastro en archivos, bibliotecas y castillos en ruinas. El resultado es la única novela firmada por ella, *La condesa sangrienta* (1962), un texto con un grado de detalle histórico y documental asombroso, y una intuición y sensibilidad excepcionales para retratar al personaje: se pone en su piel hasta amarla. Así cuando la condesa prepara pócimas y hechizos con las brujas del bosque como cuando clava alfileres bajo las uñas de sus doncellas para desangrarlas. Algunos episodios son de una truculencia abismal. Todas las obsesiones de Valentine se encuentran reunidas en la figura de la condesa: cierto erotismo lébico, lo mágico, lo nocturno, lo sangriento. Por qué le atrae tanto es una pregunta que me he repetido muchas veces durante los últimos años, quizá para justificar mi propia obsesión por Valentine. Hasta hace muy poco no descubrí la respuesta, que ofrece ella misma, como un oráculo, en una frase de la novela: «Lo que nos fascina no es lo agradable, sino lo insondable». Como el corazón y la obra de Valentine.

El libro, que Georges Bataille ya había anunciado en *Las lágrimas de Eros*, fue un rotundo éxito que siguió fascinando en los años posteriores: Alejandra Pizarnik reescribió su propia versión de la historia en 1966, y ha sido llevada también al cine en varias ocasiones⁸. El rojo intenso de la Condesa fue tal vez el motivo de que el resto de la obra de

⁸ *La comtesse* (2009), escrita y dirigida por Julie Delpy, es la última versión de la historia de Erszébet Báthory que se ha llevado a la gran pantalla hasta la fecha.

Valentine quedara teñida, oculta. A ella le importaba poco. Había llegado a su madurez.

Un camino solitario

«Si es que existe una piedra de tristeza estoy sentada en ella». Así arranca *Las magias*, su último poemario, publicado en 1972, con una litografía de Joan Miró abriendo el libro. Es el culmen de su obra poética. Ese primer verso, que pertenece al poema «Démeter», da el tono de su obra más tardía: reposada, sin tantos artificios de lenguaje, menos efectista, con un poso menos erótico y más hondo, acaso más sabio. Hay en él dos recuerdos de infancia (los únicos), recuerdos de noches de amor (con Lydie Chantrell en «La castellana d'Oueil»), recuerdos de sus viajes, recuerdos de su periplo en pos de la Condesa.

Valentine nos transmite lo que ha atesorado y lo que ha dejado atrás y, en cierto modo, se despide:

*Acógeme en tu cuna
Es antigua y ardiente
Es la caja de las diligencias
Es la que bordea el bosque
De todos los ladrones de Alemania.*

*De las santas camadas de la liebre
Tu cuna es la eterna casa
La joven bruja inocente
Las ofrece a lo largo del viaje
Nos las ofrece alargando el brazo.
Las cortinas de cuero la tormenta.
Un pájaro de grandes alas*

PRÓLOGO

*Ha hecho un nido triste
fueron a verlo numerosas romerías
—Gritad en vez de llorar
mis solemnes desfiles—*

*Con un cuchillo de rosas
En el acero de sus nudillos
En su pasado de metal
El pájaro herido no maldice
Y muere aún más
—Muérete pequeña mosquita negra—*

*En un vaso de escamas
De escamas y de lino
Tieso y negro voy a pedir
Pedirme algo de beber.*

*Es el monasterio en pie
En el promontorio estrecho.*

*Un solo lirio en el valle.
Lo tomas o lo dejas
Para la ocasión de un único lirio
La noche es mil veces más oscura.*

*¿Hacía falta que una brillante
Me recordase todo lo bueno?
—Mosca tienes que morir—
Nosotros nos moriremos más allá
A la manera de los rocíos
Sobre el tesoro de la noche.*

VALENTINE PENROSE

*Me tengo que marchar
Por culpa de la lluvia
Seguida por escarabajos
Que me obedecen sin rechistar.*

*Largo poema como un río largo
Va a quien quiera.⁹*

Cuando se publicó *Las Magias*, Valentine tenía 74 años. Después le pidieron aún un artículo para *L'Art Vivant* sobre el pintor Antoni Tàpies, a quien conocía bien. En 1977 saldría publicada su obra poética en edición bilingüe (inglés/francés). Aquel año, en Farley Farm, Lee Miller moriría de cáncer. Valentine lo haría, en el mismo lugar y por la misma causa, un año después.

Desde entonces, un largo silencio. A pesar de las numerosas fotografías en que aparece con los miembros más célebres del grupo surrealista (Picasso, Éluard, Ernst, Ray, el propio Penrose), y de que Éluard se refiriese a ella como a «una de las más eminentes poetisas francesas», Valentine no se incluye en el relato oficial del surrealismo, ni su obra poética se valora por sí misma. Se la cita, siempre de forma breve e indirecta (a través de Bataille o del retrato *Winged Domino* de Roland Penrose) en alguna antología de mujeres surrealistas, como *Women artists and the surrealist movement*, de Whitney Chadwick (Little, Brown & Co, Boston, 1985). En el catálogo de la exposición «La femme et le surréalisme» (Lausanne, Musée Cantonal des Beaux Arts, 1987) se dice sucintamente que «su obra poética merece ser mejor conocida». Renée Riese Hubert, en *Magnifying mirrors. Women, Surrealism and Partnership* (Lincoln&Londres, University of Nebraska Press, 1994) le dedica un capítulo titulado «Lesbianism and Matriarchy: Valentine & Roland Penrose».

⁹ «Poema», de *Las Magias* (1972).

PRÓLOGO

Ha sido la francesa Georgiana M. M. Colville quien más ha hecho por recuperar su figura hasta ahora, primero incluyéndola en su antología *Scandaleusement d'elles: trente-quatre femmes surréalistes* (1999) y más tarde publicando una compilación de sus textos en francés (*Valentine Penrose. Écrits d'une femme surréaliste*, 2001), algunos de cuyos hallazgos recogemos aquí. En castellano, María Negroni tradujo algunos poemas de Valentine bajo el título de *Hierba a la luna*, que fueron publicados en Venezuela en 1995. Sabemos también que existen trabajos doctorales en curso dedicados a Valentine Penrose que sin duda en los próximos años ofrecerán algún poema inédito y algunos nuevos datos sobre la vida personal de Valentine, pero por el momento no han conseguido flanquear la severa muralla académica. Ojalá en un futuro lo hagan.

Por ahora, la presente edición reúne toda la obra disponible, añadiendo algunas piezas a las anteriores compilaciones inglesa y francesa, y es la primera edición de la obra completa de Valentine Penrose en castellano. Es, por nuestra parte, fundamentalmente una obra de amor a ella y a su obra, uno de aquellos trabajos que pueden obsesionar a una editora durante años y no borrarse de su recuerdo nunca más:

Tenía una culebra llamada Fiddelihubs, y hacía sonar la flauta sobre un cubo para que bailara a su son. Pero era el pequeño Tony quien quedaba hipnotizado mirando a Valentine, y no la serpiente, que serpenteaba al sol, bajo el brillo de aquel niño rubio como un ángel, hijo de su ex marido y de la bella fotógrafa norteamericana. Ellos eran los apolíneos. Valentine la báquica: Kali, diosa negra de la creación y de la destrucción.

Siempre tuvo el cuerpo atlético de una acróbata. De un faquir indio, tal vez. Carne firme, pecho llano. Le gustaba llevar sandalias. Al final ganó peso. Murió de leucemia el 7 de agosto de 1978. Su amiga Maud Westerdahl dijo que tenía cara de hidalgo.

VALENTINE PENROSE

«Esparcid mis cenizas bajo el roble, en una noche de luna llena. Cerca de donde están las de Lee, bajo el fresno plateado».

En Farley Farm, bajo el roble de Valentine, ¿qué hacer sino tomar un puñado de tierra, olerla, inclinarse a olerla por si aún queda en ella algo de Valentine, en las raíces del roble o en la corteza del árbol? Recoger algunas hojas, guardarlas en el bolsillo, con guijarros y pedazos de ramas secas, jugar con ellas en la punta de los dedos, hacerlas sonar como cascabeles o campanillas doradas de un templo hindú. Hacer que nos acompañen siempre, de forma esquiva, como la sombra que nunca alcanzamos —siempre un poco por delante o por detrás de una—, como ese hueco en el centro del pecho que nunca acaba de llenarse: una Condesa muerta, una mujer oculta, anhelada y recordada. Y llevarla prendida con su luz oscura —ese sol negro de melancolía—, y oscurecerse e iluminarse un poco más con ella, de ella, por ella. Valentine, *noir animal*.

E. R.